Carlos López Hernández

Homilía en la Eucaristía final de las Jornadas de Pastoral y del Envío Misionero

Sábado, 30 de septiembre de 2017

Lecturas: Is 5, 1-7; Flp 2, 1-11; Mt 21, 28- 32.

La representación de Israel como un viñedo no es exclusiva de Isaías.

El profeta Jeremías pone en boca de Dios estas palabras: *"Yo te planté vid selecta, toda de cepas legítimas, y tu te volviste espino, convertida en cepa borde"* (2,12). *"Entre tantos pastores destrozaron mi viña, pisotearon mi parcela; convirtieron mi parcela escogida en una estepa desolada"* (12, 10-11).

Y Ezequiel nos ofrece esta hermosa elegía: *"Tu madre era como una vid, plantada junto a las aguas, fecunda y rica en sarmientos…Tenía vástagos robustos, buenos para cetro de gobernantes. Su altura sobresalía entre los arbustos. Se distinguía por la altura y la abundancia de sus ramas. Pero fue arrancada con furor y arrojada por tierra. El viento del este secó sus frutos; ya separados, se secaron; y el fuego devoró el vástago robusto. Ahora está plantada en el desierto, en una tierra árida y sedienta. Brotó fuego del tronco y devoró sus brotes y sus frutos. No ha quedado en ella ni un vástago robusto, bastón para gobernar"* (19, 10-14).

El bello canto de Isaías a la viña de su amigo es especialmente significativo del amor de Dios a Israel: eligió para ella un fértil collado, la entrecavó, quitó las piedras y plantó buenas cepas; construyó en medio una torre y cavó un lagar". ¿Qué más podía haber hecho por su viña? Pero la viña no dio el fruto esperado. Por ello, el canto de amor a la viña se convierte en un juicio de acusación y castigo para la viña, que será descuidada, derruida y convertida en un erial de cardos y zarzas.

La canción de la viña es en realidad una parábola para volver a anunciar el juicio y el castigo de Israel, culpable de numerosos delitos sociales: *"La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel y los hombres de Judá su plantel preferido. Esperaba de ellos derecho, y ahí tenéis: sangre derramada"*. **Israel es la viña infiel a Dios.**

Pero el mismo Isaías ofrece a Israel un mensaje de esperanza en otra posterior *canción a la viña: "Aquel día cantaréis a la viña deliciosa: Yo, el Señor, soy su guardián. Con frecuencia la riego. Para que nadie la dañe, la vigilo noche y día. Ya no estoy enfadado. Si me diera zarzas y cardos, combatiría contra ellos, los quemaría todos juntos. Pero no se acoge a mi cuidado. ¡Que haga la paz conmigo! ¡Que conmigo haga la paz! Llegarán días en que Jacob echará raíces, Israel echará brotes y flores, y sus frutos llenarán el mundo"* (Is 27, 2-6).

Con esta esperanza, la dolorosa experiencia de la viña desolada se convierte en motivo de oración para Israel: "Dios del universo, vuélvete: mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu viña…Restáuranos, que brille tu rostro y nos salve." (Sal 80, 9-17). Pero esta esperanza no se verá cumplida en Israel.

El evangelista Mateo presenta las enseñanzas de Jesús sobre el Reino de Dios también con varias parábolas que se basan en la imagen de la viña. Las diversas escenas narradas están orientadas a manifestar los aspectos distintos que incluye la relación de Dios con el pueblo de Israel: la actitud de Dios y la respuesta de su pueblo.

La llamada **"parábola de la viña"**, en Mt. 20, 1-16, resalta la iniciativa de Dios, que llama a muchos jornaleros a trabajar a su viña y paga a cada uno lo que necesita para su digno sustento, aunque no lo haya ganado con la tarea realizada. Es un canto a la bondad Dios y a su cuidado solícito de todos sus hijos: los primeros y los últimos llamados. En el Reino anunciado por Jesús, los primeros serán los que elijan libremente ocupar el ultimo lugar y ser servidores de todos.

La **parabola de los viñadores homicidas**, en Mt 21, 33-41.43, tiene una mayor semejanza con el canto de Isaías a la viña, tanto en el inicio como en el juicio final. "*Había un propietario que plantó una viña, la rodeo con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó una torre, la arrendó a unos labradores y se marcho lejos"*(v. 33).

En la parabola de Isaías la viña de Israel no da fruto y es destruida. En esta parábola la viña da frutos, pero los viñadores arrendatarios se apropian de ellos y maltratan hasta la muerte a los enviados por el dueño a cobrar las rentas; incluso llegan a matar al hijo del dueño, para quedarse con su herencia. Al final son castigados de muerte los viñadores homicidas y la viña es arrendada a otros labradores que le entreguen los frutos a su tiempo.

Quedarse con los frutos y apropiarse de la viña misma, es negar el derecho de Dios y de su Hijo, el herederode; es ponerse en el lugar de Dios y afirmarse como únicos señores, sin dependencia alguna respecto de Dios. Esta actitud de los viñadores homicidas, es decir, de los sacerdotes y fariseos en ellos representados, determina el momento decisivo de la historia de la salvación, en el que el Pueblo de Israel rechaza al Mesías esperado. Y ese rechazo ha alcanzado en la situación actual el grado de desconocimiento más generalizado de Dios. El hombre moderno ha decidido ser el dueño único de su propio destino. Y, en consecuencia, se ha emancipado de tota tutela de la Iglesia, cuya acción evanglizadora no siente necesaria e incluso combate.

En esta situación es necesario "*un discernimiento evangélico*" de la situación de la viña a la que somos enviados a trabajar y de la labor que hemos de realizar en ella. Sin ese discernimiento corremos el peligro de la desorientación, el desaliento y el miedo a obedecer al Padre, que nos manda: "*Hijo, ve hoy a trabajar en la viña"* (Mt 21, 28). Podríamos decir "voy", y no ir. Y también podríamos ir, pero sin ánimo de trabajar, sino para quedarnos a descansar en la torre, por no saber qué hacer. Para ir a la viña, en primera o segunda decisión de obediencia, con firme voluntad de trabajar y sabiendo la tarea que es preciso realizar, necesitamos conocer los cuidados que necesita el hombre de hoy para permanecer en Cristo o ser de nuevo injertado en él, y así dar fruto.

Los desafíos del tiempo presente han de ser un aliciente para intensificar la vida y la espiritualidad cristiana, frutos de la fe y de la gracia, aunque sea en el desierto. Las Orientaciones de la Asamblea Diocesana nos han ofrecido las claves decisivas para el análisis de la situación y para la respuesta pastoral que hemos de ofrecer. A la luz de estas claves valoramos "*nuestra hora*" como un tiempo de gracia, para buscar y ofrecer nuevos caminos de espiritualidad a quienes viven como un dato cultural normal y natural la ausencia de Dios, en una sociedad mayoritariamente descristianizada, especialmente en las generaciones más jóvenes. Esta es la viña a la que el Señor hoy nos envía a hacer presente una renovada espiritualidad evangélica.

La muerte y resurrección del hijo heredero de la viña dió inicio a una nueva etapa del plan Salvador de Dios, en la cual ha permanecido siempre un resto de enviados a trabajar en la viña, que se reconocen como meros arrendatarios y entregan fielmente al dueño los frutos que le corresponden.

¿Quienes serán estos viñadores fieles? Los que han asumido como gozoso proyecto de vida *"volver a las huellas de Jesús"* y tener entre ellos los sentimientos propios de Cristo. Los que se mantienen unánimes con un mismo amor y un mismo sentir, considerando por humildad a los demás como superiores

a ellos, y buscando todos el interés de los demás. Estos son los viñadores que acogen con alegría y gratitud la llamada del dueño, aunque sea en segunda convocatoria, y se reconocen miembros de una comunidad de operarios con diferentes capacidades y tareas al servicio de una misión común, alentada por el Espíritu del Señor. Cada uno se reconoce llamado a aportar los talentos recibidos por gracia; y reconoce y se alegra de las capacidades y recompensas que Dios otorga a los demás. Todo es reconocido como gracia.

Los viñadores más fieles son los que eligen ser los primeros en el trabajo y los últimos en la paga. Los que más trabajan *"con entrega generosa"* (1 Pe 5, 2). Los que asumen en silencio gozoso la parte del trabajo que no realizan los compañeros. Los que no juzgan ni critican el trabajo de los demás, sino que lo valoran y alientan hacia su mayor fruto. Los que experimentan que su mejor paga y el primer fruto de su tarea es la gracia de la fidelidad. La vida gastada en el servicio del Evangelio ha de ser nuestra Gloria. No hemos de tener otra aspiración.

Este estilo de vida solo es posible injertados en **Jesús. Él es la nueva viña de Israel**, plantada por el Padre; la vid verdadera, que produce fruto abundante en la vida de los hombres. El vino, fruto de la viña, será en el misterio eucarístico el signo sacramental de la sangre de Jesús, derramada como prueba suprema de amor (Jn 13,1), para sellar la nueva alianza; será el medio de comulgar en el amor de Jesús y de permanecer en él. (Jn 6, 56; 15, 4.9).

La viña verdadera es también su Iglesia, cuyos miembros están en comunión con Él. Sin esta comunión no podemos hacer nada: sólo Jesús, verdadera cepa, puede llevar en nosotros un fruto que glorifique al viñador, su Padre. A esta communion son llamados todos los hombres por el amor del Padre y del Hijo, y por la misión que el Espíritu impulsa en todos los miembros de la Iglesia. En ella hemos de asumir cada uno nuestra parte. Pero la llamada es de Jesús y del todo gratuita; no son los discípulos quienes eligen a Jesús (Jn 15, 6). Por esta elección a la communion con Jesús se convierte el hombre en sarmiento de la verdadera cepa y recibe la vida y el amor que a une a Jesús y a su Padre con el Espíritu Santo. El misterio de la verdadera viña es la union fecunda de Cristo y de la Iglesia. (cf. Jn 17, 23).

Salamanca, 30 de Septiembre de 2017